

14+ Humanidades

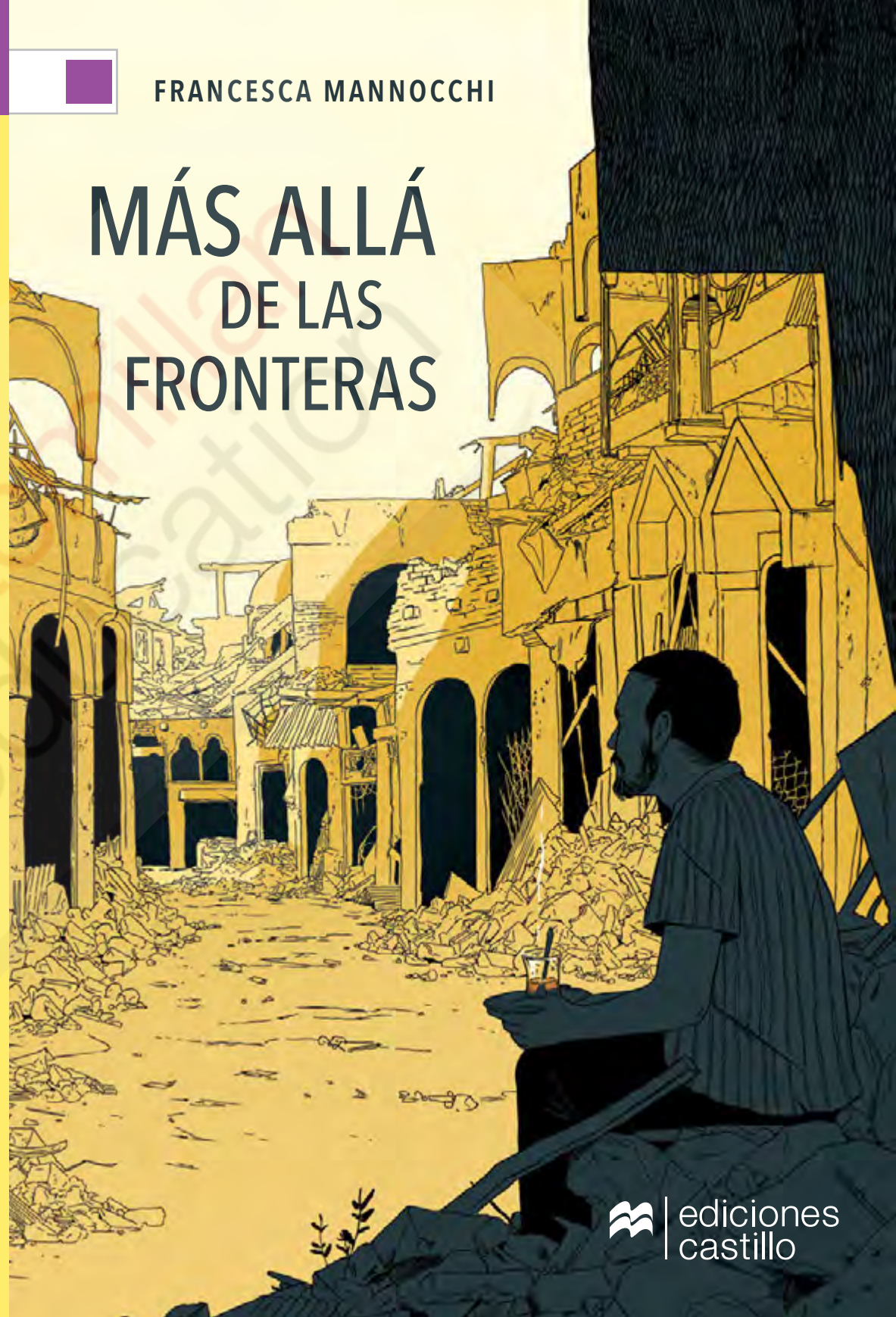
FRANCESCA MANNOCCHI

Con gran sensibilidad y agudeza, Francesca Mannocchi, periodista de guerra, nos lleva más allá de las fronteras físicas y políticas para acercarnos a conocer vidas trastornadas por la guerra. Una lectura para entender las complejidades políticas y sociales actuales de Irak, Líbano, Afganistán, Libia, Siria y Ucrania, que nos ofrece datos, contexto histórico, mapas y, lo más importante, los testimonios de adultos y jóvenes supervivientes y en resistencia.

Un libro para quienes quieren conocer y profundizar, de manera sencilla y directa, en las guerras modernas, tanto desde lo histórico como lo humano.

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS • FRANCESCA MANNOCCHI

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS



edicionescastillo.com

I S B N 978-607-600-119-6



9 786076 001196

castillo

ediciones
castillo

The background of the image is a topographic map with intricate contour lines in shades of gray. A white rectangular box is centered on the page, containing the title text. The text is in a bold, black, sans-serif font. A faint, semi-transparent watermark is visible across the center of the image, reading 'Tratado de Educación'.

**MÁS ALLÁ
DE LAS
FRONTERAS**

*La autora quisiera agradecer a Anna Airoidi por su colaboración
en la redacción de este libro.*

F.M.

COORDINACIÓN DE LA COLECCIÓN: Miriam Martínez Garza
CUIDADO DE LA EDICIÓN: Ana María González Sanz, Ariadne Ortega González y Nicole Bedoya Rodríguez
COORDINACIÓN DE DISEÑO: Javier Morales Soto
ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Santiago Moyao Sánchez
CORRECCIÓN DE ESTILO: Mario Carrasco Teja
TRADUCCIÓN: Juana Silva Puerta
MAPAS: Peter Hermes Furian / Shutterstock

Más allá de las fronteras

Título original en italiano: *Lo sguardo oltre il confine*

Texto: Francesca Mannocchi

© 2022 De Agostini Libri S.r.l. Todos los derechos reservados.
De Agostini Libri - via Mondadori, 1 – 20054, Segrate (MI), Italia.
www.deagostinilibri.it

Primera edición: enero de 2025
D.R. © 2025, Macmillan Educación, S. A. de C. V.
Publicado bajo el sello Ediciones Castillo.
Ediciones Castillo ® es una marca registrada.
Macmillan Educación forma parte de Macmillan Education.

Insurgentes Sur 1457, piso 25,
Insurgentes Mixcoac, Benito Juárez,
C. P. 03920, Ciudad de México, México.
Teléfono: 55 5482 2200
Lada sin costo: 800 536 1777
www.edicionescastillo.com

ISBN: 978-607-600-119-6

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana.
Registro núm. 3993

Esta obra en su integridad y los derechos contenidos en ella están protegidos por la Ley Federal del Derecho de Autor y la Ley Federal de Protección a la Propiedad Industrial, por lo que no podrá ser fotocopiada, publicada, reproducida, distribuida, vendida y/o transmitida total o parcialmente por cualquier medio, soporte impreso o digital sin autorización del editor, o crear obras derivadas de ella. La violación a estas disposiciones constituye una infracción en materia de comercio, de derechos de autor y un delito.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

FRANCESCA MANNOCCHI

Traducción de Juana Silva Puerta

CASTILLO  DE LA LECTURA

The image features a topographic map of Afghanistan, split vertically. The left half shows contour lines in a light gray color, while the right half shows a darker, more textured representation of the terrain. A faint watermark of the word 'Schmilian' is visible diagonally across the center. The word 'AFGANISTÁN' is printed in large, white, bold, sans-serif capital letters on the right side of the map.

AFGANISTÁN



DÓNDE ESTAMOS:

AFGANISTÁN EN EL MAPA

Para mí, Afganistán es el tono ocre del fin de la tarde, el color verde de los valles, el iris de las mujeres que encuentro en el camino y que me sonríen con pliegues alrededor de los ojos porque es la única parte del rostro a mostrar.

Eso es lo que me lleva hasta allá.

Un país extenso, lleno de historia, de historias y de contradicciones.

Afganistán es un país de montañas altas y desiertos áridos; un país de Asia central que limita con muchos Estados, entre ellos Irán, al oeste, y Pakistán, al este. Sólo 20% de la tierra se utiliza para la agricultura, y es ahí donde habitan muchos afganos que cultivan los fértiles valles y cuidan de sus animales.

Los veranos afganos son calurosos y secos, y los inviernos, muy fríos; en especial, al norte del Hindú Kush, la cadena montañosa ubicada en la parte oriental del país, cerca de Pakistán y Tayikistán. Los puertos de montaña afganos permiten a los viajeros atravesar Asia; por eso el país formaba parte de la Ruta de la Seda, el camino que los mercaderes han recorrido por tierra durante más de dos mil años entre China, India y Europa.

El país está formado por múltiples **GRUPOS ÉTNICOS**: alrededor de quince millones de personas son pastunes y viven en el sur, en las inmediaciones de Kandahar, pero hay muchos otros, como los tayikos, que hablan un idioma llamado dari, y los uzbekos, que hablan un idioma similar al turco. Luego están los hazara, que se cree que son

descendientes de los mongoles, y los nómadas llamados kuchis, que guían sus rebaños de animales por el territorio y los prados de montaña.

Para hablar sobre este país complejo, contradictorio y fascinante comenzaré por el final: los eventos del verano de 2021 que tuve la suerte de presenciar justo en la capital afgana, Kabul.

Estaba ahí porque aquel agosto era el mes en que concluía de manera oficial la misión que durante veinte años mantuvo en Afganistán a las tropas estadounidenses y de la **ORGANIZACIÓN DEL TRATADO DEL ATLÁNTICO NORTE (OTAN)**, la alianza que surgió con una función antisoviética después de la Segunda Guerra Mundial.

Aquel conflicto, que comenzó en octubre de 2001, estaba a punto de terminar en agosto de 2021 con un resultado que veinte años antes nadie habría podido prever y que desangró al país, causó miles de víctimas y terminó con la conquista de aldeas y provincias por parte de los **TALIBANES**, quienes entraron con rapidez en Kabul y tomaron los edificios sede del poder.

Para entender cómo se llegó a esta situación, partamos de ese momento —agosto de 2021— y de la historia de Fahim, con quien hoy comparto una amistad.

LA PALABRA CLAVE | TALIBANES

El término **talibán** proviene del árabe *talib* y significa “estudiante”. Los talibanes estudian en una *madrasa*; es decir, una escuela religiosa islámica.

En realidad, durante los inicios del movimiento talibán, sus seguidores eran jóvenes recién alfabetizados de la etnia pastún, la más extendida en Afganistán. Muchos habían nacido y crecido en campos de refugiados en Pakistán, conocían a duras penas su propio país y su historia, y la mayoría nunca había vivido en un país en estado de paz. Estaban en Pakistán porque se habían visto obligados a huir tras la invasión soviética a su territorio. Su líder fue el **mulá Omar**.

En agosto de 2021, Fahim trabajaba como profesor en la Universidad Kardan, una institución muy reconocida y famosa que preparaba a los mejores talentos del país. Con tan sólo treinta y cinco años, él era el jefe del Departamento de Relaciones Internacionales, un papel muy importante si se toma en cuenta su corta edad.

La Universidad Kardan era una construcción fortificada, al igual que casi todos los edificios considerados como objetivos sensibles en Afganistán. Para entrar había que atravesar una puerta vigilada por guardias armados, otra blindada y dos detectores de metales. El acceso a la oficina de Fahim también estaba blindado.

Cuando nos encontramos por primera vez, a principios de agosto de 2021, él trabajaba en los últimos exámenes de verano para sus estudiantes del curso de Ciencias Políticas y corregía las tesis de quienes se graduarían en otoño. Sus alumnos llamaban a la puerta de forma constante y él les decía: “Sintetiza ese párrafo. Arregla ese capítulo. Incluye las notas con precisión”. Y agregaba: “Rápido, por favor: a más tardar la próxima semana, que no sabemos qué nos traerá el futuro”.

Ni él ni yo lo sabíamos, pero éramos conscientes de que los talibanes se hallaban a las puertas de la capital y que tenían a casi todo el país en su poder, por lo que atacarían las libertades que se respiraban en esos pasillos. Las chicas que estudiaban con los chicos, las sonrisas, los rostros sin **BURKA**.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué los talibanes estaban a las puertas de la ciudad? Demos un paso atrás.

En febrero de 2020, luego de muchos años de guerra en Afganistán y atentados por parte de los talibanes, que habían atacado a las tropas de la OTAN y matado a miles de civiles, Estados Unidos cambió de estrategia y se dio cuenta de que necesitaba sentarse a la mesa de negociación precisamente con sus enemigos acérrimos. Como resultado, se firmó el Acuerdo de Doha entre los talibanes y la nación norteamericana, el cual establecía el fin del conflicto armado iniciado en 2001 y preveía la retirada de los militares estadounidenses de suelo afgano a finales de agosto.

En mayo, mientras las tropas estadounidenses al fin abandonaban Afganistán, los talibanes avanzaban en su reconquista del país. En pocos meses habían llegado a las puertas de Kabul, entre amenazas y castigos contra quienes representaban aquello que ellos consideraban y siguen considerando el ejército invasor.

Basta con pensar que, apenas tres días antes de mi encuentro con Fahim, un grupo de hombres armados había disparado contra su casa.

Él se había convertido en un objetivo porque se expuso demasiado y dio muchas entrevistas a los medios internacionales en las que criticaba el Acuerdo de Doha.

La situación en agosto de 2021 ya era grave y Fahim Sadat lo sabía muy bien.

POR ESO INSISTÍA EN QUE SUS JÓVENES ESTUDIANTES SE GRADUARAN LO ANTES POSIBLE, PORQUE SABÍA QUE LA EDUCACIÓN ES LA PRINCIPAL HERRAMIENTA DE LIBERTAD PARA LOS AFGANOS.

Si las cosas se salían de control, como de hecho sucedió, era importante que sus alumnos abandonaran el país con al menos un título bajo el brazo.

La televisión frente al escritorio de Fahim estaba prendida y transmitía *Tolo News*, el principal noticiero afgano. El titular anunciaba:

“DESDE EL INICIO DE LA OFENSIVA MILITAR, TRESCIENTAS MIL PERSONAS HAN ABANDONADO SUS HOGARES”. En realidad, ya había desplazados por todas partes de la ciudad e incluso a la casa de Fahim acababan de llegar quince familiares que habían huido de Kunduz en busca de refugio.

Durante nuestro encuentro, la televisión seguía transmitiendo noticias de las ciudades caídas en manos de los talibanes, una tras otra. Fuimos testigos de su victoria mientras Fahim Sadat rellenaba el libro de exámenes para el otoño, con el rostro lúgubre de quien no sabía si para entonces seguiría en esa habitación.

“¿Qué será de los próximos veinte años, cuando los talibanes tengan el país en sus manos?”, se preguntaba a sí mismo y me lo preguntaba a mí. Y el peso de su pregunta permanecía ahí, entre nosotros, incapaces de dar una respuesta.

Cinco días después de nuestro encuentro, Afganistán quedó por completo en manos de los talibanes.

Decidí reunirme con Fahim, pues quería que me ayudara a entender lo que sucedía en Afganistán y a trazar un mapa del pasado, pero también del futuro.

“En cierto modo, la situación de ahora no es tan diferente a la del pasado”, me contó Fahim. “En la década de 1990, la guerra fue entre un grupo emergente, los talibanes, y el gobierno de los **MUYAHIDINES**. Vivimos una situación similar: los talibanes luchan de nuevo contra el gobierno, pero ahora tienen a sus espaldas veinte años de experiencia en la **GUERRILLA**. Aprendieron una lección de táctica militar que, en cambio, el gobierno afgano y los aliados occidentales parecen no haber comprendido”.

Con estas palabras, Fahim quería sugerirme que, para entender lo que ocurría en 2021, era necesario mirar hacia atrás, a la década de 1990, a la primera vez que los talibanes gobernaron el país, para comprender el panorama al que los jóvenes como él no querían regresar: el Primer Emirato Islámico.

LA PALABRA CLAVE | MUYAHIDÍN

El término *muyahidín* significa “combatiente”. Desde un punto de vista religioso, es considerado un soldado de la yihad —la guerra.

santa contra los infieles, según fanáticos y fundamentalistas— o bien, un simple patriota.

En general, el término se asocia con aquellos combatientes afganos que se opusieron a la invasión soviética de su país, en 1979. Durante diez años, Estados Unidos y Arabia Saudita financiaron a estos grupos con ayuda económica y suministro de armas a través de Pakistán. En este contexto se formaron el núcleo original de la organización terrorista **Al Qaeda**, y los futuros líderes de los talibanes; por ejemplo, el mulá Omar.

Tras la retirada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), los muyahidines pertenecientes a diferentes organizaciones comenzaron a chocar entre sí, lo cual desató una guerra civil. Como resultado del enfrentamiento, los talibanes del mulá Omar salieron victoriosos. Los grupos de muyahidines no sólo recibían financiación de países extranjeros, sino que obtenían importantes ganancias del contrabando de opio y armas.

Emirato Islámico de Afganistán es el nombre que el país llevó entre 1996 y 2001, durante la primera vez que los talibanes gobernaron bajo un régimen que concentró el poder en un estrecho círculo de antiguos rebeldes que habían ayudado a expulsar al ejército soviético en la década de 1980. Surgido de la guerra civil del país en la década de 1990, ese grupo prometía un gobierno guiado por una interpretación rigurosa de la **SHARÍA**. La ejecución de esa visión tuvo como consecuencia una nación profundamente violenta, represiva e inestable que acogió a terroristas del mundo entero. El primer emirato comenzó en 1996, poco después de la llegada de los talibanes a Kabul. A finales de septiembre de ese año, los combatientes torturaron y asesinaron al expresidente Mohammad Najibulá y colgaron su cuerpo en un poste de semáforo.

Durante el siguiente mes, los talibanes enviaron equipos de un tipo de “policía moral”, pertenecientes a una agencia conocida como el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio.

Los hombres se vieron obligados a dejarse crecer la barba y las mujeres, a llevar la burka; las escuelas para niñas cerraron; las mujeres que no iban acompañadas en lugares públicos podían ser golpeadas, y el fútbol quedó prohibido, al igual que la música, con la excepción de los cantos religiosos. El gobierno talibán castigaba a los disidentes y a cualquiera que considerara que no respetaba las normas, y los mataba en ejecuciones públicas, incluso en lugares como el estadio Ghazi de Kabul.

La guerra de 2001 interrumpió el emirato; sin embargo, “no se aprendió la lección, porque Occidente no supo reconocer a ese enemigo de la libertad que eran los talibanes, así que el país ha vuelto a sus manos en los últimos diez años”, me explicó Fahim.

Lo que quería decirme, y que entendí con el paso de los meses, era que, como occidentales, no pusimos la suficiente atención a los procesos que iniciaron al menos ocho años antes del verano de 2021.

Contaba Fahim que todo comenzó cuando la misión militar de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad —es decir, la misión de combate iniciada en 2001—, se convirtió en la Misión Apoyo Decidido en 2014. Esta decisión transformó la misión militar en otra que garantizaba el apoyo logístico y de entrenamiento a las tropas afganas. En consecuencia, los soldados occidentales dejaron de luchar y, por razones de seguridad, dado que los talibanes organizaban atentados a diario, terminaron encerrados en sus bases, donde entrenaban a los militares afganos, mientras que afuera los talibanes sembraban inseguridad.

La paradoja ha sido que, a lo largo de los años, los talibanes se han presentado a la población como los únicos capaces de garantizar de nuevo esa seguridad.

Lo que Fahim quería decir, por lo tanto, era que la retirada de las tropas estadounidenses —que de hecho había comenzado en 2014 y terminó en 2021— creó un vacío de seguridad que se sumó al vacío de organización militar en las tropas afganas.

El gobierno afgano estaba en manos de Ashraf Ghani, respaldado por Estados Unidos: un hombre implicado con la corrupción que no lograba motivar a sus soldados, quienes, con frecuencia y ya sin la

ayuda estadounidense, abandonaban el ejército. Así, los talibanes conquistaron pueblos y ciudades sin disparar un tiro.

Pero ¿cómo empezó la guerra? El desencadenante fue el atentado del 11 de septiembre de 2001.

Ese día, diecinueve terroristas secuestraron cuatro aviones con pasajeros civiles a bordo y los chocaron contra edificios simbólicos de Estados Unidos. Dos contra las Torres Gemelas de Nueva York, otro destruyó un ala del Pentágono, en Arlington, y el último, que debía caer sobre la Casa Blanca, en Washington D. C., se estrelló contra el suelo en Pensilvania, tras una rebelión de los pasajeros.

En el ataque murieron unas tres mil personas.

El autor intelectual fue **OSAMA BIN LADEN**, fundador del grupo terrorista **AL QAEDA**.

El entonces presidente estadounidense, George W. Bush, estaba en su primer año de mandato y decidió responder con dureza. Pidió al mulá Omar, líder de los talibanes en Afganistán, que le entregara a Bin Laden, pero este respondió que primero quería pruebas de su participación en los atentados. Como Estados Unidos no las presentó, el mulá Omar tampoco lo entregó.

Por esta razón, Bush inició la Operación Libertad Duradera contra Afganistán, que contó con el apoyo general de varios países de Occidente, además de Rusia, China, Pakistán, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos.

LA PALABRA CLAVE | AL QAEDA Y OSAMA BIN LADEN

El nacimiento de **Al Qaeda** está ligado a la figura de Abdullah Azzam, un profesor palestino que enseñaba en Arabia Saudita y elaboró el concepto de yihad (guerra santa) global. Según la doctrina de Azzam, la yihad es una obligación para los musulmanes, pues cada fiel tiene la obligación de librarla contra los infieles.

Según su proyecto, Afganistán debía ser el primero de los territorios islámicos a conquistar y luego seguirían los demás.

Azzam se mudó a Pakistán para reclutar a jóvenes con el apoyo de ese país, así como de Arabia Saudita y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos. Comenzó a entrenar a miles de personas del mundo, tanto analfabetas y marginadas, como menores de educación media alta que sabían inglés e informática.

Entre ellos estaba Osama bin Laden, quien se había tomado muy en serio la tarea de coordinar la financiación saudí y difundir el mensaje de su maestro. El propio Bin Laden creó un primer ejército internacional, que por entonces constaba de una docena de jóvenes, para defender a los musulmanes dondequiera que fueran víctimas de opresión.

Cuando Azzam murió en 1989, Bin Laden asumió el control de su organización y fundó Al Qaeda con la idea de que fuera un punto de referencia para los árabe-afganos y sus familias.

Al Qaeda comenzó a perpetrar atentados contra objetivos estadounidenses con un modo de ataque característico: en una fecha simbólica se realizaban atentados en diferentes lugares al mismo tiempo. De esta manera, los terroristas creaban una relación causa-efecto sin que fuera necesario reivindicarlos cada vez; además, al orquestar ataques simultáneos, aterrorizaban aún más a la población.

El 23 de febrero de 1998, Osama bin Laden anunció la creación de un frente islámico mundial para la yihad contra los judíos y los cruzados; en otras palabras, un programa de aniquilación de Estados Unidos, Israel y sus regímenes aliados, en aras de crear un gobierno islámico universal. Después del atentado del 11 de septiembre de 2001 hubo otros en Europa: el 11 de marzo de 2004 en Madrid y el 7 de julio de 2005 en Londres. En 2022, el líder de Al Qaeda, Aymán az Zawahirí, murió en una operación con drones a manos de la CIA. En 2024, su líder de facto es Saif al-Adel.

Fue así como el 7 de octubre de 2001, ni siquiera un mes después del atentado del 11 de septiembre, comenzó una guerra de veinte años, cuando un bombardeo angloestadounidense cayó sobre Afganistán.

En ese momento, Fahim era un niño y vivía en Kunduz. Lo primero que recuerda es el turbante negro que se vio obligado a llevar, junto con la túnica tradicional, cuando se instaló el Primer Emirato Islámico de los talibanes. También se acuerda de las bombas que caían sobre la ciudad, la huida al campo con su familia y el grupo de compañeros con los que pasaba los días mirando los vuelos militares.

¿Qué decidieron hacer los talibanes ante aquel ataque del 7 de octubre? Mientras que los dos líderes más buscados del mundo, Osama bin Laden y el mulá Omar, lograron escapar de la captura por parte de las tropas occidentales, el resto optó por la retirada frente a un enemigo que era demasiado fuerte. Esta elección resultó ganadora, pues huyeron para reagruparse y contraatacar más adelante.

Mientras tanto, la ofensiva angloestadounidense demostraba ser poco eficiente, pues al atacar las infraestructuras y los lugares de poder trataba a su enemigo como si fuera un Estado occidental, mientras que los talibanes eran y siguen siendo un movimiento fluido, con estrategias para escapar, atomizarse y reorganizarse incluso en áreas fuera de su país.

En cualquier caso, apenas dos meses después, en diciembre de 2001, el régimen talibán había caído.

Fahim recuerda bien el final de los combates, con el pueblo afgano y el ejército estadounidense celebrando la victoria.

LOS NIÑOS POR FIN SE LIBRABAN DEL TURBANTE Y LLEVABAN PANTALONES DE MEZCLILLA Y CAMISETAS.

Aun así, la guerra duró veinte años. ¿Cómo fue posible?

Una vez más, las potencias occidentales malinterpretaron al país que tenían delante: ¿recuerdan las muchas tribus y etnias de las que hablábamos al principio? Los aliados no las tomaron en cuenta ni

crearon organizaciones o instituciones capaces de generar una identidad afgana unitaria. Además, Estados Unidos y Occidente nunca resolvieron los problemas económicos y sociales de Afganistán, cuyo Estado tampoco proporcionó servicios básicos: sólo las élites urbanas de Kabul tenían acceso a agua, electricidad y telecomunicaciones, mas no el resto de la población.

Mientras tanto, el tiempo pasaba. Fahim creció, estudió y se graduó. Se convirtió, en esencia, en el ideal del nuevo Afganistán occidentalizado que aspiraba a ser libre y democrático.

No obstante, la coalición occidental jamás derrotó a los talibanes y el pueblo afgano siempre supo esto.

“Ningún afgano habría querido que los estadounidenses se quedaran aquí para siempre”, dijo Fahim. “Sabíamos que debíamos tomar las riendas de nuestro país y arreglárnoslas por nuestra cuenta, pero las formas y los tiempos de la retirada de las tropas occidentales fueron problemáticos. Se trató de una retirada incondicional, la peor decisión, pues se corría el riesgo de causar graves daños a Afganistán”.

Cuando, en 2020, los estadounidenses comenzaron las negociaciones con los talibanes, Fahim Sadat fue un testigo escéptico, aunque silencioso. Muchos afganos se sintieron aliviados por esas conversaciones, pues la presencia de los talibanes era un hecho, como también lo era que había que llegar a un acuerdo con ellos para compartir el poder.

Nos guste o no, los talibanes son una parte importante de Afganistán. Sin embargo, los estadounidenses firmaron el Acuerdo de Doha con ellos y dejaron de lado al gobierno oficial de Kabul, lo cual contribuyó a debilitarlo. Los ciudadanos se preguntaban por qué este no formó parte del tratado y pensaban que los talibanes ya habían ganado su guerra: una guerra que había durado veinte años.

“EN KABUL CONOCISTE A UN PROFESOR.
HOY HABLAS CON UN MISERABLE”

Cuando los talibanes recuperaron Kabul, Fahim Sadat se cerró en su casa por miedo a ser capturado. Diez días después se dirigió al aeropuerto para intentar huir. Su nombre estaba en la lista de una organización no gubernamental alemana. Los documentos estaban preparados, incluida la visa para viajar que había llegado desde Berlín. Fahim tardó días en cruzar los controles talibanes en las calles y en el aeropuerto hasta que, tras dos días y dos noches sentado en un autobús con otras cincuenta personas, logró abandonar el país. Abordó un avión militar que lo llevó a Riad, Arabia Saudita, donde esperó otros dos días en una tienda de campaña. Luego voló a España y, por fin, llegó a Alemania.

La primera vez que hablamos, cuando ya estaba en Europa, me dijo: “En Kabul conociste a un profesor. Hoy hablas con un miserable. Soy un refugiado afgano que pide ayuda en Alemania”.

Hoy Fahim Sadat es un prófugo.

“Cuando nos conocimos, mi prioridad eran los exámenes de mis estudiantes. Ahora mi prioridad es encontrar un par de pantalones y zapatos de mi talla porque ya no tengo nada. Antes era profesor. Ahora ya no sé quién soy”.

Lo único que sabe es que, tanto en Afganistán como en Europa, la enseñanza y la educación siguen siendo su misión. Luego de la fuga, comenzó a pensar en aquellos años de guerra y en los esfuerzos realizados para mejorar su país: “Se han cometido muchos errores. ¿De

qué sirvieron veinte años de guerra si hoy en Afganistán hay veinticuatro millones de personas que viven en la pobreza, tres millones de niños malnutridos y una emergencia humanitaria sin precedentes?”.

Antes creyó en las promesas de libertad y en un futuro democrático para Afganistán. Ahora todo parece desvanecerse.

“Afganistán es un país lisiado y yo también lo soy. Desde que los talibanes entraron en Kabul, el profesor Sadat ya no existe. Ahora sólo queda Fahim y un gran signo de interrogación junto a mi nombre”.

SEIS MESES DESPUÉS: UN PAÍS SIN ESCUELAS PARA NIÑAS

Justo seis meses tras la toma del poder de los talibanes, en enero de 2022, regresé a Afganistán para ver cuánto había cambiado el país que había dejado atrás.

Cuando salí en el primer vuelo de evacuación del ejército italiano, el 16 de agosto de 2021, dejé un país con publicidad en las paredes, con niñas y mujeres en escuelas, en universidades y también en el Parlamento para representar a su Estado.

¿Qué encontraría ahora?

Encontré un país sin música, porque esa fue una de las primeras cosas que prohibieron los talibanes. También vi cómo los rostros femeninos habían sido borrados de los anuncios y los carteles, y cómo la bandera afgana había sido sustituida por la del Emirato Islámico.

Sobre todo, encontré cerradas las escuelas para las mujeres.

Conocí a Yaqub un día helado en Kabul. La noche había cubierto la ciudad de blanco, los automóviles luchaban por evitar el hielo y había montones de nieve al borde de las carreteras. La cita era en una gasolinera, justo después del almuerzo.

“Nos vemos allí”, me había dicho Yaqub, “porque nosotros somos quienes debemos llevarte hasta allá. El conductor y el traductor que trabajan contigo no pueden seguirnos: sería un riesgo demasiado grande para nuestra seguridad”.

Hasta seis meses atrás, Yaqub había trabajado para una organización humanitaria europea. Gestionaba los fondos destinados a las

escuelas en las ciudades y a los proyectos educativos en el campo y en las áreas más remotas. Administraba los financiamientos internacionales, por lo que su nombre estaba en las listas de documentos depositados en los ministerios que, desde hacía medio año, estaban ocupados por el nuevo gobierno de estudiantes coránicos.

Cuando los talibanes asumieron el poder, Yaqub tuvo diez días para decidir si salir de Afganistán o quedarse, pero no dudó: con aquellos de nuevo en el gobierno era necesario permanecer y poner de su parte para apoyar a quienes vivirían bajo las leyes del Emirato Islámico.

“Soy un hombre”, se dijo a sí mismo para justificar su decisión. “Y como los talibanes demostrarán que son los mismos de la década de 1990, para mí, a diferencia de las mujeres, será más fácil buscar un punto medio y seguir trabajando para mi gente”. Para la gente y para las niñas como su hija, que tiene once años. “Es aquí donde debe crecer”, se decía él.

También se lo repetía a su esposa, que, en cambio, insistía en irse, asustada por la burka y la pobreza. Ella era capaz de preverlo porque todo eso ya había ocurrido veinticinco años atrás. Se acordaba de cuando era niña, de la prohibición de estudiar y salir de casa. Aun así, lo que no pudo anticipar fueron las palabras de su hija, que hoy no puede ir a la escuela y también se ve obligada a quedarse en casa.

Por la noche, antes de dormir, ella le preguntó a su madre: “¿Me casarás con uno de ellos?”.

Pasados seis meses, Yaqub comenzó a sufrir insomnio. Pensaba en la manera de apoyar a niñas como su hija, que ya no podían estudiar.

Cuando nos encontramos en la gasolinera, se acercó con amabilidad y prudencia. En el auto charlaba, pero me daba cuenta de que no dejaba de mirar el espejo retrovisor para cerciorarse de que no nos siguieran. Después de media hora y numerosos desvíos por seguridad, se estacionó y dijo: “Ahora tenemos que caminar un poco”.

Anduvimos entre la nieve, en silencio, hasta llegar a una puerta donde nos esperaba un hombre que nos hizo entrar deprisa antes de cerrarla de nuevo a nuestras espaldas con dos vueltas de llave y dos candados.

Lo primero que vi al entrar fue una fila de zapatos de niña apilados fuera de la puerta. Era la primera señal de valentía en medio de aquella casa convertida en una escuela clandestina para niñas.

Desde que volvieron al poder, los talibanes restauraron las leyes represivas de la década de 1990, que prohibían a las jóvenes asistir a la escuela más allá del sexto grado de educación, y a las mujeres, trabajar y salir de casa sin la compañía de un familiar masculino.

En consonancia con su visión tradicionalista de la sociedad, formaron un gobierno compuesto sólo por hombres, prohibieron a las niñas regresar a la escuela, abolieron el Ministerio de Asuntos de la Mujer y restablecieron el Ministerio para la Propagación de la Virtud y la Prevención del Vicio.

“Si algún funcionario descubriera la existencia de nuestras escuelas clandestinas, nos arrestarían a mí y a las niñas”, me dijo Yaqub.

Desde la ventana que da al patio me llegaban las palabras de la única mujer de pie en la habitación. Hablaba acerca de oxígeno e hidrógeno, enlaces y partículas. Era Amina, la maestra, y el hombre que nos había abierto la puerta era su marido. Nos encontrábamos en el dormitorio de su hija, transformado en el aula donde aquella enseñaba química, tal como lo hacía hasta agosto de 2021 en la escuela donde trabajaba; es decir, hasta que las nuevas reglas de los talibanes le impidieron volver a ser profesora, y a sus chicas, aprender, superarse e imaginar un futuro.

El país que encontré seis meses después de la toma del poder de los talibanes estaba muy empobrecido, pues la crisis económica ya se hallaba en todas partes. No había leña para calentarse ni gas para las estufas, de modo que las trece chicas sentadas en el suelo frente a Amina tomaban notas envueltas en sus abrigos, apretujadas unas contra otras para darse calor.

Luego de golpear sin éxito a las puertas de los ministerios y de los nuevos funcionarios talibanes, Yaqub comprendió que gobernarían tal como lo habían hecho veinticinco años atrás. Hoy, como entonces, él ayuda a organizar clases clandestinas en los hogares. En casa de Amina había tres cada semana: matemáticas, inglés y química.

“Sólo nos queda arriesgarnos. Incluso si estamos en peligro”, me dijo Yaqub. “Riesgo” y “peligro”: palabras que, aunque alejadas de la idea de educación, son las únicas que hoy describen la vida de esas valientes chicas que tres veces a la semana salen acompañadas por sus padres y hermanos hasta la puerta de Amina, donde entran despacio, una tras otra, para que nadie sospeche, nadie hable y nadie informe a los talibanes.

ELLAS, JUNTO CON SUS FAMILIAS, SON EL FUTURO DE UN AFGANISTÁN, QUE UN DÍA ESPERA VOLVER A SER LIBRE Y DEMOCRÁTICO.

Cuando terminó su clase, Amina quiso hablarme delante de las chicas para darles valor, pues muchas comenzaban a sufrir insomnio y depresión. “No hay nada más fiel a nuestra religión que tratar de mejorar, y no hay manera más noble de hacerlo que tener una educación. Es un **DERECHO**, por supuesto, pero también un deber, mis niñas”.

Las chicas asentían mientras doblaban sus apuntes con cuidado para esconderlos en los bolsillos antes de salir, de modo que nadie se los descubriera.

Yaqub sigue arriesgando su vida tratando de ingresar dinero a Afganistán para apoyar las escuelas clandestinas. Lo hace por su hija, que asiste a una de esas clases. También lo hace Amina al abrir las puertas de su hogar, enseñar y dar la bienvenida a las mujeres. Y lo hacen las niñas y sus familias. Todos coinciden en que es un riesgo que vale la pena correr, porque el castigo de la ignorancia es el más violento de todos.

LA PALABRA CLAVE | HISTORIA DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES EN AFGANISTÁN

La lucha por los derechos de las mujeres en Afganistán se remonta al siglo XIX, mucho antes de la llegada de los talibanes al poder,

en la década de 1990. Este país cuenta con una larga tradición de gobernantes reformistas exitosos que han estado en conflicto con la parte más resistente a los cambios, esa parte de la sociedad que hace de la modestia y la castidad femenina uno de los fundamentos de la familia. Por eso, muchos afganos, incluso los que se oponen a los talibanes, consideran que algunos aspectos de las costumbres occidentales representan una tendencia cultural ofensiva y peligrosa para la sociedad afgana.

A finales del siglo XIX hubo un periodo de grandes reformas en el cual a las mujeres se les concedió el derecho a divorciarse y la posibilidad de tener propiedades; también se elevó la edad legal para casarse. A principios del siglo XX se promovió la educación gracias a las escuelas para mujeres y, luego, a lo largo del siglo, su posición mejoró aún más. Se elaboró una nueva constitución que se esforzaba en garantizar los derechos de todos, hombres y mujeres, y prohibía los códigos de vestimenta tradicionales. Se abrieron escuelas para niñas y niños en las zonas rurales, se prohibieron los matrimonios forzados y hubo un rechazo público a la poligamia. La reina Soraya escribió un volumen titulado *Ershad-I-Niswan (Guía para las mujeres)* que abogaba por la igualdad de género.

Pese a esto, no toda la población estaba contenta con las reformas y la parte más tradicionalista expresó una dura oposición. Fue así como se cerraron las escuelas femeninas, se volvió a obligar a las mujeres a llevar velo y se derogaron las reformas.

Más tarde, en la década de 1970, hubo otro periodo de apertura: se refundaron las escuelas femeninas, se financiaron nuevas universidades y se instauró una nueva constitución que concedía a las afganas el derecho al voto. En las zonas urbanas, las mujeres asistían a la universidad, trabajaban fuera de casa, dirigían negocios y algunas incluso se aventuraban en la política. Kabul se convirtió en una ciudad cosmopolita.

Esto siguió así hasta finales de esa década, pues, con la invasión soviética, los diez años de guerrilla que siguieron y la guerra

civil en que se vieron inmersos después, todo progreso se detuvo y se reinició un lento calvario para las mujeres.

Fue en la década de 1990, en ese contexto caótico y desesperado, cuando los talibanes extendieron su presencia y su autoridad, al prometer que habría estabilidad y lucharían contra la corrupción. Con base en nociones derivadas del Pashtunwali, el código de conducta del pueblo pastún, impusieron políticas restrictivas e interpretaciones rígidas de la ley islámica. A las mujeres se les obligó a llevar la burka y se les prohibió participar en la vida pública, así como asistir a las escuelas después del sexto grado.

En los años posteriores a la derrota de los talibanes en 2001, las mujeres tuvieron un mejor acceso a la educación, regresaron al mundo laboral y algunas estuvieron políticamente activas en el gobierno, incluso fueron elegidas representantes de la Loya Yirga o Gran Consejo de Afganistán. No obstante, en el verano de 2021, cuando los talibanes recuperaron el control, todo eso volvió a prohibirse.

LA MADRASA: LA OTRA ESCUELA

En ese mismo viaje a Afganistán no sólo quise ver la situación de las niñas y las mujeres, sino también tratar de entender qué animaba los pensamientos de los talibanes y qué enseñanzas se transmitían en sus escuelas coránicas o madrasas. Por eso, a pesar de ser mujer, solicité ser admitida en una de ellas. Luego de una larga negociación obtuve permiso, y una mañana visité la madrasa Al-Jami'a Al-Islamiya Al-Mohammadia-Kabul en Qala Haidar Khan, un pueblo en la provincia de Kabul.

Cuando entré, le pedí al director, el muftí Hayatullah Masroor, que eligiera un texto para la clase matutina. Él se acercó a la estantería donde guardaba los libros ordenados y leyó en voz alta estas líneas: “He oído al mensajero de Alá decir: ‘Toda mujer que muera entrará en el Paraíso si Dios está satisfecho con su conducta’”.

Frente a él había una veintena de estudiantes: el más pequeño era su hijo de seis años y todos los demás, adolescentes. Lo escuchaban con la cabeza gacha, cubierta por el turbante, y las manos cruzadas sobre las rodillas.

El edificio seguía en construcción. A muchas ventanas les faltaban vidrios y apenas un puñado de aulas contaba con estufa. Aun así, ciento cincuenta menores vivían en esa escuela para aprender de memoria el Corán y seguir los cursos de especialización en estudios islámicos y derecho, que suelen durar dos años. Ciento cincuenta niños que, según el muftí, deberían convertirse en mil quinientos en sólo dos años.

Una vida encerrada tras las paredes de la escuela, con un programa de veinticuatro horas: en clases desde el amanecer hasta el mediodía, después tiempo de oración, luego de nuevo estudio individual de los textos hasta la noche y un descanso de dos horas, seguido de ejercicios de memoria sobre el Corán y, por último, escritura hasta las once de la noche.

“Es la educación *pura* del islam *puro*”, me repitió el muftí varias veces. “Sólo si educamos así a los jóvenes, las normas del pueblo afgano se seguirán de acuerdo con el islam y bajo la supervisión de los ulemas (eruditos religiosos)”.

Desde hace mucho tiempo, las madrasas han sido la única manera con que los sectores más vulnerables pueden brindar una educación a sus hijos, pues ahí los acogen, protegen, visten y alimentan. Entrar en una madrasa no tiene costo: nadie paga por estudiar ni por la comida ni por el alojamiento. Es justo en aulas como aquella donde creció la mayoría de los jóvenes que entraron en Kabul el verano anterior con un fusil al hombro para proclamar la victoria de los talibanes.

Incluso con este respaldo, y desde que reconquistaron el poder, los talibanes han reiterado que el Corán es la única educación adecuada para los jóvenes, que las instituciones educativas occidentales están corrompidas y que, en cualquier caso, a las niñas les queda prohibida la escuela después del sexto grado.

Hoy en día en las madrasas islámicas no se estudia inglés ni matemáticas. “Tal vez algún día incluyamos estas materias en nuestro currículo”, me dijo el muftí, “pero ahora es muy pronto. Pensamos en el Corán. Ya habrá tiempo para otras disciplinas”.

Aquella mañana que fui admitida a las clases de la madrasa, el muftí enseñó gramática y leyó un texto dedicado a las mujeres. Cuando le pregunté por qué había elegido precisamente ese entre muchos, me respondió: “Lo hice para demostrar que es posible que las mujeres reciban educación, pero sólo de acuerdo con la sharía; es decir, de acuerdo con sus exigencias”.

¿Qué significa esto? Según el muftí, que las mujeres en Afganistán no necesitan ir a la escuela porque están protegidas por su padre,

luego por su marido y, finalmente, por sus hijos, que cuidan de ellas. Esta, en su opinión, es la demostración de que las mujeres no necesitan trabajar ni deben preocuparse por problemas financieros y de que, por lo tanto, la escuela no es una necesidad para ellas.

Mientras pronunciaba estas palabras, sus estudiantes asentían con la cabeza y seguían estudiando de memoria los versos del Corán.

A mí, en cambio, me llegaban a la mente las palabras de Amina: “No hay nada más fiel a nuestra religión que tratar de mejorar y no hay manera más noble de hacerlo que tener una educación. Es un derecho, por supuesto, pero también un deber, mis niñas”.

BREVE CRONOLOGÍA DE AFGANISTÁN

1964.

Se aprueba una nueva constitución en Afganistán.

1979.

El 14 de septiembre es asesinado Nur Muhammad Taraki. Lo sustituye Hafizullah Amín, quien se declara afín al Kremlin. En diciembre, la URSS interviene militarmente en Afganistán, derroca a Amín e instala en el poder a Brabak Karmal. Comienza la resistencia de los muyahidines contra los soviéticos.

1986.

Llega al poder Mohammad Najibulá, quien durante su gobierno lanza un llamado a la reconciliación nacional y adopta una constitución sin influencias comunistas.

1992.

Se desata una guerra civil entre los grupos de resistencia por la gestión del poder. Al Qaeda comienza a perpetrar atentados contra objetivos estadounidenses.

1994.

Nace y se desarrolla el movimiento talibán liderado por el mulá Omar, que toma el poder en dos años gracias al apoyo de los servicios secretos pakistaníes.

1996.

El mulá Omar recibe al líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, en Afganistán.

2001.

El 11 de septiembre se ejecuta el ataque contra las Torres Gemelas y otros objetivos estadounidenses. El 7 de octubre, George W. Bush, presidente de Estados Unidos, lidera una coalición e invade Afganistán. En diciembre, cae el gobierno talibán, pero el movimiento no es derrotado, sino que se retira y reorganiza para contraatacar unos años después.

2004-2005.

Atentados terroristas de Al Qaeda en Europa.

2020.

En julio, comienza la retirada de las tropas occidentales.

2021.

Los talibanes toman el control de Kabul y, tras más de dos décadas, concluye la presencia militar estadounidense.

GLOSARIO

BURKA: vestimenta femenina que cubre el cuerpo entero de la mujer, incluida la cabeza. A diferencia del hiyab, que sólo oculta el cabello, esta abarca la cabeza, con la excepción de una ranura para mirar.

GRUPOS ÉTNICOS: conformados por personas que comparten la misma identidad cultural, el mismo idioma y la misma tradición: costumbres, expresiones artísticas y creencias religiosas.

GUERRILLA: modo de combate que no tiene lugar en campo abierto, con un enfrentamiento directo entre ejércitos, sino que involucra a pequeñas unidades de combatientes que se mueven de prisa y atacan al enemigo mediante incursiones. Con frecuencia, reciben el apoyo de la población local, con la que se confunden.

ORGANIZACIÓN DEL TRATADO DEL ATLÁNTICO NORTE (OTAN): alianza militar internacional que se rige por el Tratado del Atlántico Norte, también llamado Tratado de Washington, firmado en 1949. Se trata de un sistema de defensa colectiva en el cual los Estados miembros defienden a cualquier otro en caso de ataque de un país externo a la organización.

SHARÍA: en árabe significa “el camino claro y bien pisado hacia el agua”. Funciona como un código de vida al que los musulmanes deben adherirse y tiene como objetivo guiarlos en cómo llevar cada aspecto de su vida conforme a los designios de Dios. Es el sistema legal del islam derivado del Corán —el libro sagrado del islam—, de la Sunna y de los hadices, que son las acciones y dichos del profeta Mahoma.